

ALVARO GARCÍA DE MOVELLÁN HERNAINZ

VIDA DE SAN FRANCISCO JAVIER



PATRONO DE MISIONEROS

2ª PARTE. EN LAS MISIONES

9º.-La transformación de Goa y del cabo Comorín

Sería muy complicado que viéramos con todo lujo de detalles toda la actividad misionera de Javier en la India y en el Japón. Por eso vamos a contemplar su manera de actuar en los dos primeros sitios en los que estuvo: Goa (1542) y en el cabo de Comorín (1543), ya que el método usado en ellos lo siguió usando sin apenas variaciones en todos los demás lugares.

Nada más llegar a Goa se le ofreció una buena casa al lado de la del Gobernador. Pero él prefirió irse a vivir al hospital, para estar más cerca de los enfermos y necesitados y mantener su estilo pobre y humilde. Su primera visita fue al Obispo, a presentarse como enviado del Papa y a ponerse enteramente a su disposición. Le ofrecieron una especie de sotana muy buena, de seda. Él prefirió una más humilde, hecha de algodón. Quisieron cambiarle los zapatos viejos, remendados. Pero no lo permitió. Decía: "Todavía sirven".

Sus primeras atenciones eran a los enfermos: les consolaba, les cuidaba y sobre todo les enseñaba a ponerse en manos de Dios. Pronto las confesiones llenaron casi todo su tiempo, hasta el punto de que escribía en una carta: "Eran tantos los que venían a confesarse, que, si estuviera en diez partes partido, en todas ellas tuviera que confesar". Poco después inició también la visita a las cárceles, sitios realmente infectos y llenos de podredumbre. Iba a la hora más dura, después del mediodía, cuando el calor apretaba y

nadie quería poner los pies allí. Hablaba con ellos y los preparaba para hacer una confesión general de su vida, explicándoles la manera de hacerla.

Pronto se dio cuenta que el origen de todos los males era el desconocimiento tan grande que existía de las cosas de Dios, a pesar de que en Goa había iglesias, sacerdotes y Obispo. Para eso había venido: para evangelizar. Se puso, pues, manos a la obra. Iba por las calles con una campanilla diciendo en voz alta:

-Fieles cristianos, amigos de Jesucristo, enviad vuestros hijos, hijas, esclavos, hombres y mujeres a la doctrina cristiana.

Con esta peculiar manera de llamar, todos los días juntaba a un buen número de personas (sobre todo muchachos) en una capilla dedicada a la Virgen. Allí les enseñaba, de manera sencilla (intercalando cantos entre la explicación) las oraciones, el Credo y los Mandamientos. Más de una vez se juntaron más de 300 personas a estas breves explicaciones. Luego los niños iban a sus casas y repetían lo que Francisco les había enseñado.

Los Domingos se extendía más en la predicación. Venía más gente y aprovechaba para ir explicando, cada Domingo, una verdad de fe. Luego enseñaba el Padrenuestro, el Avemaría, el Credo y los Mandamientos. A continuación iba a visitar a los leprosos, a consolarlos, confesarlos y darles la comunión. Después iba por la ciudad pidiendo limosna para ellos, de puerta en puerta, diciendo a los ricos:

-Hagamos limosna en remisión de nuestros pecados.
También escribió un pequeño manual de oraciones para que se hiciesen copias a mano.

Este fue su método de predicar en Goa. Al Obispo le gustó tanto que quiso instaurarlo en todas las Iglesias. En pocos meses Goa se transformó: las malas palabras, las estatuas de dioses paganos y los cantos frívolos desaparecieron de los caminos, casas y trabajos y fueron sustituidos por cantos religiosos y principios de vida cristiana.



Era tanto el fruto conseguido que decidieron mandar a Javier al cabo de Comorín, una zona de costa, con más de 30 poblaciones, la gran mayoría sin bautizar. Tenían menos conocimientos religiosos que en Goa y Francisco tuvo que esmerarse. Cambió un poco su método y empezó a utilizar el que ya no cambiaría, prácticamente, jamás.

Primero tradujo todos los conceptos cristianos a la lengua propia de aquellas gentes. Luego empezó a reunir, dos veces al día, a todos los muchachos para enseñarles las oraciones. Los chicos después las repetían en sus casas y así todo el mundo iba aprendiendo a rezar. El día fuerte era el Domingo. Según explica en sus mismas cartas juntaba a todas las personas del lugar (hombres, mujeres, grandes y pequeños) para la explicación. Empezaban todos juntos rezando los doce artículos del Credo. Después lo repetía él solo, deteniéndose en casa uno de los artículos, “amonestándolos- según contaba en una carta- que cristianos no quiere decir otra cosa sino creer firmemente, sin dubitación alguna, los 12 artículos... y así les hago decir más veces el Credo que otra oración ninguna”. Terminado el Credo Francisco pasaba de los mandamientos: “les enseño los Mandamientos diciéndoles que la ley de los cristianos tiene sólo 10 Mandamientos y que un cristiano se dice bueno si los guarda como Dios manda y, por el contrario, el que no los guarda es mal cristiano”. A continuación rezaban el Padrenuestro y el Avemaría, y luego repetían el primer artículo de fe añadiendo al final: “Jesucristo, Hijo de Dios, dadnos gracia para firmemente creer sin duda alguna el

primer artículo de la Fe". Con este objetivo rezaban un Padrenuestro. Y luego añadían: "Santa María, Madre de Jesucristo, alcanzadnos gracia de vuestro Hijo Jesucristo para firmemente y sin duda alguna creer el primer artículo de la Fe" y rezaban un Avemaría. Así hacían con los 12 artículos del Credo y con los 10 mandamientos.

Este método consiguió que todo el cabo de Comorín (y en sucesivos años otros muchos lugares) se cristianizase por completo. Eran multitud los que pedían el Bautismo. Tantos, que, al mismo Javier, sin ningún tipo de exageración, pudo escribir en una de sus cartas: "Es tanta la multitud de los que se convierten a la fe de Cristo en esta tierra donde ando que muchas veces me acaece tener cansados los brazos de bautizar y no poder hablar, de tantas veces decir el Credo y Mandamientos en la lengua de ellos".

El 15 de Agosto de 1549 desembarcó en Japón, donde estuvo hasta 1551. Fue el primer misionero cristiano en evangelizar el lugar. Predicó en varias zonas (Kagoshima, Hirado, Yamaguchi...) formando pequeñas comunidades cristianas. El pueblo japonés, en general, le pareció muy bueno: "Es gente de muy buena conversación, y generalmente buena y no maliciosa... estiman más la honra que ninguna otra cosa". No obstante tuvo mucho que sufrir en Japón, como veremos más adelante.

Francisco no sólo evangelizaba la India. También Europa, de una manera indirecta, empezó a ser evangelizada por Javier. Las cartas que enviaba de vez en cuando contando todos los incidentes de su misión empezaron a ser copiadas

y a correr de mano en mano. El rey de Portugal mandó que fuesen leídas en todas las Iglesias. Cuando los fieles oían hablar de cómo Javier había bautizado en medio de grandes trabajos a mas de 10.000 almas enrojecían de vergüenza, pensando en lo poco fervorosa que era su vida cristiana. Las cartas fueron enviadas a las principales Universidades. Allí, los alumnos y profesores, podían leer en ellas párrafos como éstos: “Muchos cristianos dejan de hacer en estas partes (en la India) por no haber personas que en tan pías y santas cosas se ocupen. Muchas veces me mueven pensamientos de ir a los estudios de esas partes (de Europa), dando voces, como hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente a la Universidad de Paris, diciendo en Sorbona, a los que tienen más letras que voluntad para disponerse a fructificar con ellas: ¡cuántas almas dejan de ir a la Gloria y van al Infierno por la negligencia de ellos!”. Estas expresiones, provenientes de un misionero tan santo como Francisco, provocaron que muchos estudiantes se prepararan para ir de misiones y que muchos futuros sacerdotes aprendieran a tener auténtico deseo por la salvación de las almas. Por eso, muy acertadamente, alguien comentó que Javier hacía tanto fruto en Europa con sus cartas como en la India con sus trabajos apostólicos.

10º.-Conversiones y milagros

Una de las mayores preocupaciones de Francisco era la conversión de los pecadores. Aquellas almas alejadas de

Dios, que ponían en peligro su salvación eterna, le llevaba a intentar todo lo posible por acercarlas a Dios.

Desde que llegó a la India se dio cuenta de que uno de los pecados más graves que existía en aquellas tierras lo practicaban los propios europeos (portugueses) que vivían allí desde hacía años: el tener varias mujeres indias en casa sin estar casado con ninguna de ellas. Las concubinas estaban a la orden del día y todos lo veían normal. Pero aquello era una ofensa a Dios: el santo matrimonio es entre un hombre y una mujer, no varias. Javier, con mucho tacto, consiguió verdaderas conversiones en este sentido. Iba a comer a las casas de los marineros y soldados portugueses, como si no se diera cuenta de la situación. Después, al encontrarse de nuevo en otra ocasión, inocentemente preguntaba:

-¿Cómo están todas vuestras hermanas?

Aquella pregunta se clavaba en la conciencia. A los pocos días eran despedidas todas las concubinas y la paz con Dios, tras una Confesión con Javier, volvía a la vida de aquella persona.

Otras veces cambiaba el método: algunos portugueses tenían hasta siete hermosas esclavas indias en casa. Javier les hablaba de los inconvenientes que traía todo esto y les pedía que, si no podían despedir a todas a la vez, por lo menos despidiera a dos o tres. A los pocos días volvía de nuevo con la misma exigencia.

-Vamos -decía con humor- que no necesitáis tantas para ir al Infierno.

Así, iba quitando varias por visita. Al final terminaba casándola con una.

En otras ocasiones el problema no era de concubinas. El problema era que algún portugués, viviendo con una mujer india e incluso teniendo hijos con ella, no se habían casado. Otra ofensa grave a Dios: la relación afectiva-sexual sólo es bendecida por Dios dentro del santo matrimonio. Francisco buscaba soluciones: solía comer en casa de este tipo de personas. En un momento dado, viendo a los niños, preguntaba por la madre. Cuando le presentaban a la india alababa sus encantos. Repentinamente, sin malicia, sorprendía a su anfitrión con una pregunta directa:

-¿Qué impide vuestro matrimonio? ¿Dónde encontraréis una mujer mejor?

En la mayoría de los casos el matrimonio tenía lugar días después, e incluso en alguna ocasión inmediatamente.

Sabía que, convirtiéndolo a los portugueses, ayudaba a elevar el nivel moral de aquellas tierras. Aprovechaba, por eso, los frecuentes viajes en barco, que le movían de un lado a otro, para arrastrar almas a Dios. En 1545, yendo para Cochín, le presentaron, en el barco, a un minero que blasfemaba y tenía el vicio del juego. Un día, mientras Javier rezaba, escuchó un torrente de blasfemias y obscenidades. Preguntó qué pasaba y le contestaron que el desgraciado había perdido en el juego todo lo que poseía. Javier le envió una ayuda al jugador y le prometió que tendría mejor suerte. Así fue: volvió la buena racha y pudo recuperar su equipaje. Cuando llegaron a Cochín, movido por un sentimiento de

gratitud, el marinero quiso confesarse. Mientras rezaba la breve penitencia que le había mandado, Javier se fue a un bosque cercano y empezó a golpearse con una especie de látigo para reparar ante Dios los grandes pecados de aquel hombre. El marinero lo sorprendió en esta actitud y, conmovido, le dijo:

-Dejadme hacer penitencia, yo soy quien debe ser castigado.

Su conversión fue completa y reformó totalmente su vida.

Un caso especial fue el del portugués Juan de Eiro. Había llevado una vida bastante desordenada y quiso confesarse con Javier. Pero Francisco no veía claro que estuviera realmente arrepentido y no quiso confesarlo inmediatamente. Por fin, después de muchos días, y de mucho hablar con él en conversaciones privadas, lo confesó de toda su vida. Juan quiso, desde entonces, acompañar a Javier en todas sus andanzas misioneras. Francisco no lo veía tan claro: temía su inconstancia. Y tenía razón: a los pocos días de su confesión general, desoyendo los consejos que Javier le estaba dando para progresar en su vida espiritual, Juan, cediendo a la tentación, cometió un pecado grave contra la castidad y pensó en escapar de allí sin que nadie se enterase. Ya tenía todo preparado para huir en una nave cuando, antes de embarcar, llegó uno de los mozos que ayudaban a Javier y le dijo:

-El padre Francisco te llama.

Juan dijo al muchacho que se equivocaba, que estaría llamando a otro.

-¿No es tu nombre Juan de Eiro? -replicó el mozo- Pues a ti te llama.

Dudoso y nervioso, Juan decidió ir al encuentro del padre. Apenas llegó a la puerta de donde estaba Javier escuchó su voz que le decía:

-Has pecado, has pecado.

-Es verdad, he pecado –reconoció agachando la cabeza.

-Acércate a confesarte, acércate a confesarte.

Y Juan volvió a confesarse, recuperando la amistad con Dios y la paz en su alma. Ese mismo día vendió todos sus bienes entre los pobres y se unió para siempre a Francisco.

Dios quiso que la predicación de Javier estuviera acompañada de signos prodigiosos, de milagros. Seguramente para probar la verdad de lo que decía y para manifestar la santidad personal del misionero. Y aunque en estos temas hay que tener cuidado con las exageraciones y no tomar por verdadero lo que es leyenda, tenemos tantos datos, y con tantos testigos de los milagros que hizo Javier en la India, que callarlos sería, en este caso, faltar gravemente a la verdad. Él jamás habló de ellos, debido a su profunda humildad. No quería que lo tuviesen por santo. Sólo cuando le hacían preguntas muy directas contaba algo, pero con pocos detalles y de manera general. Al no desmentir los hechos de forma indirecta proclamaba su verdad. Vamos pues, a hablar de sus milagros, sobre todo de las curaciones y las profecías, dones en los que sobresalió de forma notoria:

-En 1543, en el cabo de Comorín, un niño cayó a un pozo y murió. La madre, enloquecida, mandó llamar al Padre Javier. Se presentó en casa y vio al niño muerto. Después de arrodillarse y orar le dio la bendición y le ordenó incorporarse en nombre de Jesucristo. El niño se levantó y comenzó a andar. Los presentes gritaron emocionados: "Milagro, milagro", pero Francisco les rogó que no dijese nada a nadie. De nada sirvió. El hecho se propagó y le trajo muchos problemas, pues, al regresar a Goa, muchos le preguntaban por el suceso poniendo en un apuro su humildad.

-En 1544, en la población de Mutan, murió un niño de fiebre. Avisaron a Javier. Cuando lo llevaban a enterrar, compadeciéndose de sus padres, oró de rodillas y luego le ordenó levantarse. El niño volvió a la vida. Algunos testigos presentes afirman que el propio Javier desgarró el sudario fúnebre.

-En el año 1546 el hijo de un tal Francisco de Chaves se metió una flecha envenenada en la boca. Llamaron a Javier: le leyó un trozo de los Evangelios, celebró la Eucaristía y el niño se curó.

-Al llegar al pueblo de los karayas le llevaron a la casa de una mujer con dolores de parto desde hacía tres días: todos temían por su vida. Habían orado con los ídolos sobre ella sin resultado. Javier invocó a Cristo y le explicó el Credo y las oraciones. La mujer quiso bautizarse. Justo después de recibir el bautismo dio a luz sin ningún esfuerzo y se encontró perfectamente restablecida. Aquel suceso sirvió para que el pueblo entero pidiera el bautismo.

-Un mendigo que estaba lleno de pústulas y llagas fue lavado por Francisco. Después oró a Dios pidiendo la salud para el pobre ulceroso. Al instante se vio libre de todas sus llagas.

-La India era en ese momento el paraíso de las serpientes, con más de doscientas especies distintas y treinta y seis cuya mordedura era mortal. Antonio de Miranda, catequista que acompañaba a Francisco, contaba que un día uno de sus compañeros cayó al suelo repentinamente, lanzando espuma por la boca. En el pie podía verse la mordedura de la cobra “capello”, que mata en menos de un cuarto de hora. Javier vino, levantó los ojos al cielo, se arrodilló y untó la mordedura con su saliva. El afectado se levantó sano y salvo como si nada. En otra ocasión el mordido fue el propio Antonio de Miranda, testigo del caso anterior. Según los presentes murió. Pero la oración y la saliva de Javier en el sitio de la mordedura le devolvió la vida.

Francisco también destacó en profetizar acontecimientos futuros o mostrar conocimiento de lo que ocurría en otros lugares. Estando en Goa en 1542 esperaban la llegada de un barco proveniente de Mozambique. Alguien le escuchó decir: “¡Oh aquella nave!”. Al tiempo llegó la noticia de que el barco había naufragado.

-El hermano de Ruy Dias Pereira estaba muy grave, a las puertas de la muerte. Francisco fue llamado para administrarle los últimos sacramentos. Cuando salió de allí le dijo a la madre: “No llores, tu hijo sanará”. Así ocurrió.

-Una familia india tenía tres hijas, pero deseaban un hijo varón. Pidieron a Javier que rezara por ellos. Él les contestó: "Tened gran confianza en Dios y os prometo que Él os concederá el hijo deseado". Ellos se lo aseguraron, pero quisieron quedarse con un papel escrito de la mano de Javier. En los siguientes años tuvieron tres hijos varones. Conservaron el escrito de Francisco como una reliquia.

-Estando en Ternate, en 1546, esperando todos en la población la llegada de la embarcación de un tal Juan Galvano, el Domingo, en la primera Misa que Javier celebraba allí, en mitad de un sermón, se detuvo y dijo: "Recemos todos un padrenuestro por el alma de Juan Galvano, que acaba de perecer". Los asistentes se quedaron pasmados ante tales palabras. A los tres días el mar arrojaba a la playa los restos del barco naufragado. En otra ocasión, en el mismo lugar, también mientras celebraba la Misa, detuvo un momento la celebración y dijo: "Juan de Araujo ha muerto. Yo he celebrado una misa por el eterno descanso de su alma, y ésta también será por él". A los doce días llegó un hombre con una carta en la que se daba la noticia de la muerte de Juan de Araujo.

-En 1547 le ofrecieron ir en un barco pero él rehusó diciendo: "No quiero subir a esta nave, porque temo ha de suceder un gran peligro". Subió en otro. El que había rehusado chocó contra unos escollos. Otra vez, yendo en un barco llamado *Santa Cruz*, que estaba siendo zarandeado por las olas y el viento, aseguró al dueño del barco, muy asustado, que no pasaría nada: "En cuando a vuestra *Santa*

Cruz, estad tranquilo, morirá de puro vieja en el astillero". Y al piloto le dijo: "Ánimo, que no morirás en el mar, sino en tu cama". Todo fue así, a pesar de que el piloto naufragó varias veces y se libró hasta de un tifón. Murió feliz en su lecho.

-En 1551, yendo en barco, el cable de amarre que unía el bote de remolque al navío se rompió y el bote, con sus cuatro tripulantes, en medio de una terrible tempestad, se perdió entre las olas. El capitán del barco quería darlos ya por perdidos pero Javier le dijo que tuviera más paciencia. Luego se puso a orar con los brazos en cruz. En breve alguien divisó el bote entre las olas, pero estaba muy lejos. Intentaron lanzarles un cable, pero Javier dijo: "La hija volverá a la madre". Y así fue. Sin que nadie supiera como, en medio de la terrible tempestad, el bote se fue acercando lentamente al barco y sus tripulantes pudieron subir a bordo. Dos de ellos, que eran mahometanos, pidieron ser bautizados.

11º.-Su profunda unión con Dios

Cualquiera pensaría que en medio de una actividad tan desbordante y agotadora Francisco tenía su espíritu disipado y su atención no se centraba en Dios. Lejos de la realidad: estaba siempre unido al Señor, obraba en Él y desde Él. Vivía en total pobreza, totalmente olvidado de sí mismo, en oración continua. Ropas pobres, comida pobre, poco sueño... Su único anhelo era Dios y las almas. Rezaba muchísimo.

En Malaca (1545) lo espionaron por la noche: descubrieron que apenas dormía unas dos horas (sobre una cama de cuerdas de fibra de coco y una piedra por almohada). Se pasaba la noche rezando ante un crucifijo, con los brazos en alto.



Más de una vez lo vieron levitando unos palmos sobre el suelo. En el último año de su vida (1551) eran frecuentes los éxtasis (de varias horas) y se le veía orar por la noche, con las manos puestas sobre el pecho, diciendo: “¡Basta, Señor, basta!”. El fuego del amor divino lo consumía.

Era muy humilde: no quería ponerse por encima de nadie. Tenía un gran amor a la Santísima Virgen María, a la que llamaba “remedio de las almas”. Vivía entregado a Ella y le rezaba con mucha frecuencia.

Era alegre, simpático y dulce: pero al mismo tiempo despertaba en los que le trataban el gusto por lo divino. Un amigo portugués que lo estuvo observando durante muchos días, a todas horas, decía: “Todo cuanto vi hacer al Padre Maestro Francisco me pareció ser más obra de la gracia que de un hombre de esta miserable vida”. Un sacerdote venido de Portugal, en una carta escrita a Europa, dio de él uno de los mejores testimonios: “A nadie encontré nunca que se le parezca... sólo verle llena a los hombres de un deseo tan profundo de servir a Dios que no se puede explicar”.

12º.-Las persecuciones

En la vida de Javier hubo muchas dificultades. Cristo lo dijo claramente: *Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, cargue con su cruz y me siga (Mt 16, 24)*. El discípulo de Jesús ha de llevar la cruz, el sufrimiento, la dificultad. Francisco tuvo que llevarla: ¡y muy grande! Sus diez años en la India estuvieron marcados por la persecución a su labor evangelizadora, que se le hizo desde todas partes.

Algunos de los poblados bautizados por él fueron invadidos por una guerra provocada por otros pueblos. Javier fue a defender a sus cristianos, aún a riesgo de su vida: varias flechas pasaron cerca de su cuerpo y por tres veces incendiaron su choza. En 1546 se adentró en las Islas del Moro, a las que nadie quería ir, famosas por lo peligroso de sus habitantes, expertos en el arte de envenenar. Tuvo muchísimas dificultades.

¡Y qué decir de sus viajes! A veces el calor era sofocante. En otras ocasiones era el frío, como en Japón, donde era tanta la nieve que se hundía en ella al caminar. Una de las noches más gélidas tuvieron que compartir una manta entre tres. Y todo esto sin hablar de los ladrones, los animales salvajes y demás peligros que continuamente encontraba.



Especiales persecuciones sufrió por parte de los brahmanes. Éstos eran considerados por los indios como la casta más pura y espiritual, actuando como los maestros y guardianes del conocimiento sagrado, asesorando incluso a los gobernantes. Los brahmanes estaban repartidos por toda la India. Tenían una especie de templos donde veneraban a unos ídolos. La gente estaba obligada a pagar dinero y comida a estos templos, ofreciéndoselo al ídolo para que no les hiciese daño. Los brahmanes les tenían dicho que los ídolos comían y amenazaban a las personas sencillas si no traían dinero y comida con grandes males: enfermedades e incluso la muerte. En verdad este dinero enriquecía a los brahmanes, que vivían de él, y la comida era para sus mujeres e hijos. Francisco pronto chocó con ellos: había que desmontar toda aquella farsa que impedía a la gente abrazar la verdad de la fe católica. La piedad no es un negocio. Llegará a escribir de ellos: “Es la gente más perversa del mundo”. Habló mucho con los brahmanes y les descubrió lo equivocados que estaban. Ellos le reconocieron que engañaban a la gente. Al mismo tiempo le temían, porque veían la firmeza de su fe y su poderosa predicación. Ellos eran, más bien, ignorantes. En una ocasión, hablando con más de 200 brahmanes, les preguntó qué cosa era necesaria para ir al Cielo. Uno de ellos, el más anciano, le dijo que no matar vacas y ofrecer dinero a los ídolos. Javier les enseñó los 10 mandamientos y todos quedaron maravillados de lo santa que era la Ley de los cristianos. Pero no consiguió convertirlos. No querían abandonar su negocio. Con sus

mentiras y sus engaños tenían atada a la gente. Sólo uno de ellos se bautizó.



Su labor en Japón (1549) estuvo llena de dificultades: muchos le abucheaban de continuo porque no querían escuchar la doctrina del Evangelio (totalmente nueva para ellos). Hasta los niños le perseguían por la calle. Habiendo

sido admitido a hablar con uno de los señores principales de Yamaguchi, hombre dado a los vicios sexuales más aberrantes, Javier no tuvo ningún reparo de hablarle de los mandamientos y de los actos impuros. Hablando de la homosexualidad (que este señor practicaba sin el menor reparo) le dijo: “Quien comete ese pecado es más sucio que un cerdo, peor que un perro o cualquier animal”. Salió de allí entre los gritos y las burlas de la multitud.

Sus mayores peligrosos en Japón vinieron de los bonzos, especie de sacerdotes japoneses. Bajo una capa de religiosidad se escondían tremendas perversiones. Era conocido que la rama femenina, una especie de monjas, cuando estaban embarazadas por su trato con los bonzos, abortaban sin ningún pudor. Los bonzos admitían en sus monasterios niños para darles educación: la verdad es que abusaban sexualmente de ellos. Todo esto estaba normalizado. Francisco, lógicamente, se opuso con fuerza a estos desórdenes. Los bonzos le persiguieron y calumniaron ante el pueblo japonés todo lo que pudieron. Veían que aquel hombre, con su limpieza de vida, él sólo, podía acabar con ellos. Le hicieron una guerra cruel.

Con esta manera de proceder el santo prevenía dos errores que muchas veces los católicos podemos tener sobre las misiones:

Primer error: Pensar que hacer misión es solamente ayudar a los países pobres a salir de su miserable condición social (construyendo escuelas, casas salubres, pozos...). Sin duda que esto es importantísimo. Pero las misiones deben

ser, ante todo y sobre todo, anunciar el Evangelio buscando la salvación eterna de las almas. No pueden convertirse solamente en una asistencia social.

Segundo error: pensar que los católicos, ante otras religiones, simplemente tenemos que dialogar con ellas (como si tuvieran la misma validez que la fe cristiana). No. Sólo hay un camino religioso plenamente verdadero: Jesús. Él mismo lo dice: *Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí (Jn 14, 6)*. Y la Biblia afirma: *No hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debemos salvarnos (Hch 4, 12)*. La obligación de la Iglesia es cumplir el mandato que Jesús dio justo antes de ascender al Cielo, tras su Resurrección: *Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos (Mt 28, 19-20)*.

El último año de su vida la persecución le vino por un compatriota europeo: uno de los gobernadores portugueses, por intereses propios, se opuso a la labor evangelizadora de Javier insultándolo y difamándolo. Durante un tiempo muchos se apartaron de él y hasta tuvo que vivir casi oculto. Por toda venganza, Francisco ofrecía la Santa Misa por su enemigo.

13°.-El paso a la eternidad

Desde hacía tiempo Javier soñaba con la que sería sin duda, su mayor conquista: la evangelización de China. Partió hacia ese país en 1552. Llevaba pocos acompañantes, debido a la fuerte oposición del gobernador portugués que hemos mencionado anteriormente. Francisco iba enfermo. Tuvieron que hacer una parada en la isla de Sanchón. No saldría de allí.

Su salud fue empeorando día tras día mientras sus acompañantes, algunos sin despedirse, se fueron marchando. Al final sólo dos quedaron a su lado. Los últimos días de Noviembre los pasó invocando a Dios y a la Virgen, pidiéndoles perdón por sus pecados. El 3 de diciembre, sábado, antes de amanecer, con una vela encendida en la mano, en una pobre cabaña de paja, con la inmensa China a lo lejos, con el nombre de Jesús en los labios, entregó su alma a Dios.



El campeón del Evangelio, el insaciable buscador de almas, el misionero infatigable por fin podía descansar. Su cuerpo permaneció incorrupto: era el último milagro con el que Dios mostraba lo agradable que había sido ante sus ojos el gran San Francisco Javier.



Fotos de la capilla situada en el sitio exacto donde murió el santo



*¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!
(1 Corintios 9, 16)*

Encuentra más contenidos que pueden ayudarte en:

- * www.consagrationalavirgen.com
- * **Canal de Youtube ADJEMA (*Ad Jesum per Mariam*)**